

Don Segundo en la ficción de Borges

Marcelo Méndez

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

marcelomendezlor@gmail.com

Resumen

Es un saber difundido que cuando los ensayos de Borges se ocupan de *Don Segundo Sombra*, sus elogios, en parte debidos a la amistad con Güiraldes, destilan un sesgado disgusto hacia la novela. Poco importa que la llame “obra justamente ilustre”, como hace en “El escritor argentino y la tradición”, o que proceda a una repartición de la literatura casi catastral, por la que le cede la Pampa a Güiraldes y se reserva para sí las orillas, según escribe en “La Pampa y el suburbio son dioses”: fatalmente Borges se despega siempre de un texto en el que encuentra demasiado color local.

Y sin embargo es en la ficción borgeana donde esa distancia sugerida en los ensayos se extrema crudamente. De acuerdo con esta hipótesis, que la ponencia se propone demostrar a través de lecturas de “El Aleph”, “El muerto” y “El evangelio según Marcos”, puede concluirse que Borges siempre leyó a *Don Segundo Sombra* como una indudable vía muerta de la gauchesca.

Abstract

It's very well known that sweet words to *Don Segundo Sombra* in Borges' essays, probably were an obligation because of his friendship with Güiraldes, show in the end some displeasure towards the novel.

But finally, the real place where this displeasure turns on into a great disgust is Borges' fiction. According to this hypothesis, that the work try to prove with “El Aleph”, “El muerto” and “El Evangelio según Marcos”, we can conclude that Borges always read *Don Segundo Sombra* as a death way of the gauchesca.

Es un saber difundido que cuando los ensayos de Borges se ocupan de *Don Segundo Sombra*, sus elogios, en parte debidos a la amistad con Güiraldes, destilan un mesurado disgusto por la novela. Poco importa que la llame “obra justamente ilustre”, como hace en “El escritor argentino y la tradición” o que proceda a un reparto de la literatura casi catastral, por el que le cede la Pampa a Güiraldes y se reserva para sí las orillas, según escribe en “La Pampa y el suburbio son dioses”: fatalmente Borges se despega siempre de un texto en el que encuentra demasiado color local.

Y sin embargo es en la ficción borgeana donde esa distancia sugerida en los ensayos se extrema crudamente. De acuerdo con esta hipótesis, demostrable a través de lecturas de “El Aleph”, “El muerto” y “El evangelio según Marcos”, puede concluirse que Borges siempre consideró a *Don Segundo Sombra* una vía muerta de la gauchesca.

El comienzo de la argumentación está rigurosamente fechado: 1926. Es, como se sabe, el año de publicación de la novela de Güiraldes, de *El juguete rabioso* de Roberto Arlt y de *El tamaño de mi esperanza* de Borges. De las circunstancias que relacionan a las dos primeras casi todo ha sido dicho: dos novelas de educación antagónicas. *Don Segundo* educa para la vida en el campo amable; *El juguete* para la vida puerca de la ciudad

cosmopolita. Se considera mérito de Güiraldes (y también una imposición de índole cuasi paternal (Saítta 2000: 33) el que la “vida puerca” haya bajado del lugar del título para transformarse así en una categoría central de la literatura arltiana. Vale recordar que Arlt y Güiraldes sostenían un cordial vínculo de trabajo por el que el acaudalado Ricardo contribuía al sustento de su colega. Un secretariado *sui generis*, como lo llamó Sylvia Saítta (2000: 33) en su biografía de Arlt. Seduce entonces imaginar que dos textos tan opuestos se llevaran adelante en tamaña cercanía.

Pero lo que aquí corresponde dejar señalado no es eso sino que los elogios de Borges a la novela de Arlt fueron contados pero definitivos. Piénsese que su reivindicación de la voz arltiana data de ese mismo 1926 pero reaparece en el prólogo a *El informe de Brodie*, de 1970. Más coloquialmente, se corrobora en el *Borges* de Bioy, donde un Borges satisfecho concluye, refiriéndose a *El juguete rabioso* que “cuando el malevo traiciona al amigo, está bien” (Bioy Casares 2006: 472). Borges parece anticipar lecturas: acá resuena la de Oscar Masotta.

La postura invariable que sostuvo frente a la novela de Arlt destaca todavía más la reducción sistemática a la que Borges somete a *Don Segundo Sombra* en su ensayística.

Es menos frecuente que se vuelva sobre las condiciones a través de las que tomaron contacto, en aquel lejano 1926, *Don Segundo Sombra* y *El tamaño de mi esperanza*. Ivonne Bordelois lo hizo con resultados contundentes: “El rotundo fracaso de *El tamaño de mi esperanza*, (que) se conjuga con el éxito arrasador y simultáneo de *Don Segundo Sombra*” (Bordelois 1999: 11). El momento de triunfo de Güiraldes sobre Borges se hace visible en las muchas páginas que le dedica *Martín Fierro* a su novela contra una única bibliográfica que cosecha *El tamaño*, en los 250.000 ejemplares vendidos de *Don Segundo Sombra* que Noé Jitrik computa hacia 1962 contra una edición de 500, para especialistas, del texto de Borges, y –de manera clave– en lo que Bordelois denomina “la glorificación de *Don Segundo Sombra* por Lugones y su anexión a la retaguardia nacionalista” (1999: 83) contra la saña boedista hacia Borges de quien anotan que “escribe ‘espaciosidad’ y ‘falsiada’ para hacerse el criollo y a lo mejor, con tanto versito y tantas macanas no sabe ni montar a caballo” (Bordelois 1999: 82).

Como puede suponerse, la canonización de Güiraldes por Lugones rápidamente deviene el argumento central en la animadversión de Borges hacia la novela de su amigo. Lugones afilia a *Don Segundo* a sus hipótesis de *El Payador*. La novela justifica esta inscripción presentando un gaucho con ambiciones de arquetipo, cabalgatas felices y chinas buenas mozas: para mayor desagrado de Borges, un gaucho pacífico. Están en juego dos visiones del criollismo y hacia 1926 nada permitía pensar que la de Borges fuera a imponerse. Si el ideograma novedoso de las orillas que proponía la reversión de los guapos sobre el espacio donde la ciudad y el campo se confundían corrió alguna vez peligro de ser obturado, eso fue cuando Güiraldes contrapuso el ideograma conservador de la vuelta a una edad dorada conseguida a fuerza de desalamburar el campo en su ficción (pero no en su estancia), cual fanático precursor de Daniel Viglietti puesto a recuperar una Pampa primigenia. *Don Segundo Sombra* fue un rival de peso en los años de imposición del criollismo borgeano y fue tratado por Borges como tal. Conviene revisar los dos casos ya adelantados de los ensayos antes de pasar, finalmente, a la ficción.

Escribe Borges en *El tamaño de mi esperanza*: “De la riqueza infatigable del mundo, sólo nos pertenecen el arrabal y la pampa. Ricardo Güiraldes, primer decoro de nuestras letras, le está rezando al llano; yo –si Dios mejora sus horas– voy a cantarlo al arrabal por tercera vez” (Borges 1993: 25). Borges ya camina ese áspero jardín de criollismos

que se bifurcan y hace, disfrazándolo de decisión salomónica, lo único que le importa: asegurarse el arrabal. Amablemente, clava puñaladas: le concede a Güiraldes un espacio que considera literariamente agotado. Se citó más arriba a Bordelois: aún en su momento de mayor gloria *Don Segundo* se anexa apenas a una *retaguardia* nacionalista, lo que le daría la razón a Borges. Pero relegar a Güiraldes a la Pampa no resuelve el problema. A fin de cuentas se trata de un estanciero.

En “El escritor argentino y la tradición” Borges llega bastante más lejos: “Ahora quiero hablar de una obra justamente ilustre que suelen invocar los nacionalistas. Me refiero a *Don Segundo Sombra* de Güiraldes” (1998: 196), escribe. La caracterización de Sylvia Molloy del texto borgeano como provisorio y arisco, ajeno a todo afán monumental, ya sugiere que con el adjetivo “ilustre” Borges, más que levantar, derriba. Se refiere con él a algo inmodificable, entumecido, aferrado a su carácter epigonal de los grandes textos gauchescos.

Pero el definitivo pulgar hacia abajo que le aplica a *Don Segundo* es ponerlo en boca de los nacionalistas. Como se sabe, obviando su juventud yrigoyenista, para Borges el nacionalismo es el hecho maldito de toda nación. Si el nacionalismo lo reivindica, Güiraldes está perdido. La defensa que esgrime Borges sólo lleva agua para la argumentación central de “El escritor argentino y la tradición”: que la novela de Güiraldes no sería la que es sin su aceptación de influencias de la literatura francesa y en menor medida inglesa y norteamericana. Pero enseguida vuelve sobre lo anterior: “los nacionalistas simulan venerar las capacidades de la mente argentina pero quieren limitar el ejercicio poético de esa mente a algunos pobres temas locales... (Borges 1998: 197). La zona del ensayo que protagoniza *Don Segundo* se va terminando y no le ha ido nada bien: queda como mascarón de proa de los sectores más reaccionarios, porque si algo no puede negarse es que la novela, más o menos afrancesada, versa sobre temas locales de un modo agobiante.

Pero en los ensayos prima la reticencia borgeana y los cuestionamientos deben leerse entre líneas: cualquier lector despreocupado de argumentar en sentido contrario puede pensar, por ejemplo, que Borges dice “ilustre” porque se refiere a una gloria de las letras argentinas.

Son entonces las menciones en la ficción de Borges, ya se planteó como hipótesis central, las que descalifican ampliamente la novela. Ahí se revelan cuestionamientos de una irreversible dureza.

Clásico en esta materia es el tan citado comentario que Borges desliza en “El Evangelio según Marcos”. Describiendo la escuálida biblioteca de los Gutres, que están entre los seres más bestiales de toda la obra borgeana, Baltasar Espinosa, protagonista del cuento, encuentra la que el narrador llama “una novela reciente: *Don Segundo Sombra*” (Borges 2005: 130). El cuento está calculadamente situado en 1928. Espinosa lee en voz alta y la indiferencia con que los Gutres reciben su lectura motiva el comentario irónico de Borges: “Desgraciadamente, el capataz había sido tropero y no le podían importar las andanzas de otro” (Borges 2005: 131). La forma en que esa breve línea impugna el excesivo color local de *Don Segundo* (y el obstáculo a la invención que esto implica) es lapidaria. De acuerdo con ella la novela de Güiraldes sería tautológica para la gente de campo y, por lo mismo, poco menos que un engaño para los puebleros, quienes pueden llegar a creer que esa tautología no se consuma. *Lapidario*, vale la pena repetir. Porque en la lápida, suele pensarse, todo termina, y el análisis de la presencia de *Don Segundo* en “El Evangelio según Marcos” siempre se detiene en ese comentario rotundo.

Este trabajo propone ir más allá, y reclamar que todo el cuento sea leído *contra Don Segundo Sombra*. Toda vez que el texto de Güiraldes es una extensa glorificación del tropero y su vida armoniosa, los Gutres, capitaneados por un tropero, funcionan como su contrafigura y en cada una de sus atrocidades se desmienten las hazañas que narra Güiraldes.

Los Gutres dan otra versión del tropero. Una que los muestra analfabetos, callados hasta el mutismo, con el inglés de sus mayores olvidado y perdiendo el combate con el castellano. Los Gutres no sabían explicar las cosas que sabían, eran erráticos con las fechas, podían llamar guitarreada a templar largamente una guitarra sin largarse nunca a tocar. Y eran un tropero y sus hijos. No vincularlos a la aversión de Borges por *Don Segundo Sombra*, explícita en un comentario importante del mismo cuento, no parece ser privilegiar otro punto de vista sino disimular algo que se sabe. Olvidar, en otros términos, que las tensiones en la tríada Borges, Güiraldes, Lugones, como demuestra Bordelois, siempre están funcionando.

Son los Gutres, troperos de profesión, los que le dan a “El Evangelio según Marcos” un final que sólo el decoro borgeano pudo preservar de lo bizarro: alejados de toda función simbólica los Gutres se aprestan a crucificar a Espinosa, que les hizo conocer un evangelio que ellos imprevisiblemente adoraron hasta el fanatismo. Aunque tal vez Borges lleve a la cruz a Espinosa por creer, con Güiraldes, como se escribe al comienzo, que “los gauchos de la llanura son mejores jinetes que los de las cuchillas o los cerros” (Borges 2005: 128).

Otro comentario, ubicado en un célebre cuento de Borges, desata la misma posibilidad de extender la crítica. Dice Carlos Argentino Daneri en “El Aleph”, refiriéndose al tedio inherente a las tareas del campo que denunciaría su poema: “tedio que ni las *Georgicas* ni nuestro ya laureado *Don Segundo* se atrevieron jamás a denunciar así, al rojo vivo” (Borges 2005: 202). Daneri siempre cree haber llegado más lejos que nadie y para demostrarlo no duda en colmar de lauros a Güiraldes ni en equiparlo con Virgilio, a los que considera casi tan buenos como él.

La ironía de Borges ya está presente en la igualación entre Güiraldes y Virgilio, qué duda cabe, pero es fundamental poner en su contexto la frase “nuestro laureado *Don Segundo*”: todo lo que dice Daneri en el cuento es objeto de sátira, Daneri rebaja todo lo que menciona. Es este personaje, que Borges construye sumándole todo lo que rechaza, el que reivindica la novela de Güiraldes. Y reivindicarla contribuye a su propio ridículo. Daneri tiene nombre y gestos de inmigrante italiano, escribe mal y respeta a Güiraldes. Tres típicos recursos borgeanos para demoler un personaje.

Hay por último una alusión que no puede pasarse por alto. Se la encuentra en “El muerto”, cuando Benjamín Otálora, su protagonista, hace ya tiempo que se ha convertido en tropero y se dice: “Ser tropero es ser un sirviente; Otálora se propone ascender a contrabandista” (Borges 2005: 34). No se menciona puntualmente a *Don Segundo*, pero “Ser tropero es ser un sirviente” invierte de manera tan brutal el *locus amoenus* que propone Güiraldes, que llama la atención que la vinculación que suele hacerse desde “El Evangelio según Marcos” entre ambos autores nunca se practique aquí.

“Ser tropero es ser un sirviente” repone, frente a esa Pampa fraterna de Güiraldes, la noción de conflicto, esto es, repone humanidad. Es una consigna gremial intercalada en la obra de Borges. Para el criterio de este trabajo, esa frase habilita la anexión de todo el giro argumental que la sigue a la crítica borgeana de *Don Segundo Sombra*: para no ser tropero/sirviente, Otálora se vuelca al contrabando, mata un hombre, conspira contra su

jefe; para no ser tropero, es herido, sentenciado *in absentia* por el propio peso del argumento, rematado finalmente “con desdén” por un verdugo pagado por Bandeira. Ciertamente Borges hablaba de difusas montoneras decimonónicas cuando se reivindicaba “enciclopédico y montonero” a una misma vez, pero flota sobre las andanzas de Otálora a partir de su singular toma de conciencia algo que el sintagma “libre o muerto, jamás tropero” definiría con bastante precisión.

En suma: la ficción de Borges libera rechazos por *Don Segundo Sombra* que por fidelidad a la reticencia como estilo o a su amistosa cercanía con Güiraldes apenas se insinuaban en los ensayos. En todos los casos utilizados se parte de una frase que tiene por sí misma suficiente peso para afirmar esto. Pero esas frases van más lejos: anclan definitivamente los cuentos a una polémica alrededor de las reformulaciones posibles del criollismo que lejos, en el centro de los veintes, tiene sus raíces. Realizado este anclaje, disponer el argumento de los cuentos en línea con la crítica de Borges al texto de Güiraldes que lo opacara en el año veintiséis, vincular la frase directa que sirve como punto de partida a esa crítica con una ficción que la refuerza, resultan movimientos no solamente productivos sino también inevitables.

Bibliografía

Bordelois, I. *Un triángulo crucial: Borges, Güiraldes y Lugones*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Saítta, S. *El escritor en el bosque de ladrillos*. Una biografía de Roberto Arlt. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

Sarlo, B. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007.

Molloy, S. *Las letras de Borges*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1998.